

EL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL EN EL NUEVO TESTAMENTO



P. Javier Pikaza, O. de M.

Un conocido escriturista nos da en grandes pinceladas una visión neotestamentaria del discernimiento espiritual. Condensamos muy ligeramente el capítulo del libro: "El discernimiento comunitario", Madrid, Ed. Instituto Teológico de Vida Religiosa, 1976.

Este problema de "*discernir el verdadero espíritu*" ha sido siempre importante dentro de la Iglesia. Sin embargo, podemos añadir que solamente en estos últimos años ha venido a convertirse en algo céntrico. Las causas del fenómeno son variadas. Influye, por un lado, la experiencia de libertad que se ha sentido en todos los estratos de la vida; está después el pluralismo de situaciones eclesiales, la multiplicidad de las interpretaciones de la teología y de la moral, la irrupción de nuevas formas de vida y de experiencia; junto a todo esto hay que anotar una valoración distinta de la jerarquía, que no puede ni debe controlar todas las experiencias, convirtiéndose muchas veces de directora absoluta en simple animadora; finalmente, dentro ya de la vida religiosa, tenemos que señalar el nuevo enfoque, marcadamente comunitario, que se ha dado a la obediencia.

Por éstas y otras razones -entre las que se encuentra la sensación de inseguridad en que se mueve todo nuestro mundo- el discernimiento de los espíritus se ha venido a conver

tir, al menos de manera implícita, en uno de los grandes problemas de la Iglesia. Da la impresión de que existen ideas, experiencias, ilusiones. Lo que importa es saber cuáles vienen del Espíritu de Dios y cuáles son un simple invento humano.

Para ayudar a responder a esta pregunta nos hemos dirigido a la Escritura del Nuevo Testamento. Allí se ha planteado claramente nuestro tema. Pablo dice a los cristianos de Salónica: *"No extingáis el Espíritu; no despreciéis la profecía. Probadlo todo, y quedaos con lo bueno"* (1 Tes. 5,18-21). Juan añade: *"Amados, no aceptéis, sin más, a todo espíritu; al contrario, probad los espíritus, para ver si provienen de Dios"* (1 Jn.4,1). El problema era acuciante en aquel tiempo.

Ciertamente, nosotros no podemos solucionar nuestras dificultades acudiendo, sin más, a las respuestas del Nuevo Testamento. La situación ha cambiado, y no es posible trazar en este campo normas absolutas. Sin embargo, debemos confesar que la Escritura nos ha dado unos principios con los cuales debe contar siempre el que pretenda tener un mínimo de seguridad en el ejercicio del discernimiento.

Como actualmente se sabe, el Nuevo Testamento es un conjunto de escritos que responde a concepciones teológicas distintas. Por eso es imposible tratar en general del discernimiento; habría que precisar el tema en apartados, estudiando a Juan y Pablo, Mateo, Marcos, Lucas o la Carta a los Hebreos. Nosotros no podemos tratar de todo el Nuevo Testamento; nos centramos en tres autores o tendencias que nos parecen representativas, y son las de Mateo, Pablo y Juan. Cada autor responderá a un planteamiento diferente; los tres mostrarán, sin embargo, una profunda coherencia de intención y de visiones de tal forma que, a manera de conclusión, podremos trazar las líneas maestras de lo que es el discernimiento en el Nuevo Testamento.

1. Verdaderos y falsos profetas en Mateo.

La exigencia de un *"discernimiento intraeclesial"* condensa una de las preocupaciones fundamentales del Evangelio

de Mateo. Con viejas palabras de una tradición que se refleja igualmente en San Lucas (Mt.7,15-23; cfr. Lc.6,43-45, y 13, 25-27), Mateo aborda el tema de los profetas auténticos y falsos. El sentido de ese texto, en sí mismo transparente, hay que mostrarlo en el conjunto del Evangelio.

El Evangelio no es un libro que se ha escrito de una -- vez con los recuerdos que un apóstol o un discípulo tenía de Jesús. Es cierto que recoge fundamentalmente las palabras y recuerdos de Jesús; pero toma esas palabras de la misma vida de las comunidades cristianas, donde se transmiten y comentan los gestos de Jesús. Por eso sucede que hay repeticiones, perspectivas diferentes y oscuridades. Para entenderlo todo haría falta vivir en aquellas comunidades de cristianos primitivos, donde se vive y elabora el Evangelio, y conocer después al escritor que ha unificado esos recuerdos. De todos modos, algo de ese ambiente es conocido. Veamos.

Por los Hechos de los Apóstoles sabemos que en la Iglesia primitiva había dos grupos diferentes de cristianos: --- aquellos que observaban la ley de Moisés (judeo-cristianos) y aquellos que pensaban que Jesús había superado ya esa ley de tal manera que no había necesidad de cumplirla. En el Concilio de Jerusalén (Hech. cap.15) los dos grupos de cristianos tuvieron que aceptarse y respetarse mutuamente. Pues bien: el Evangelio de Mateo parece haber nacido sobre el campo de estas luchas y fricciones; no es de extrañar que permanezca todavía su recuerdo.

En este sentido hay una frase decisiva: "*No he venido a abolir la ley y los profetas; no vine a abolir, sino a cumplir*" (5,17). La comunidad judeocristiana define aquí su actitud. De la ley no se puede quitar nada, ni siquiera aquello que parece más pequeño. Desde aquí se formula la pregunta: ¿Quién es el más grande en el reino de los cielos? El que se esfuerza por enseñar los mandamientos de la ley (5, 19). De todas formas, esta norma no se puede tomar como absoluta, pues no basta el enseñar sin realizar lo que se enseña. Por eso añade el Evangelio:

"En la cátedra de Moisés se han presentado los escribas y fariseos. Haced, pues, todo lo que os digan y observadlo; pero no actuéis según sus obras, pues dicen y

no hacen" (23,2-3).

Los fariseos y escribas aparecen como guardianes de una "ley" que debe conservarse por encima de todo. Así pensaban los judeocristianos, apegados a sus viejas tradiciones. El criterio de discernimiento decisivo era para ellos el cumplimiento de la vieja ley de Moisés con todos sus preceptos y ordenanzas; bueno es el que cumple sus decretos; malo el que los salta. De esa ley reciben su autoridad escribas y fariseos, que la enseñan e interpretan.

Este "principio de discernimiento" legalista ha sido decisivo en muchos sectores de la Iglesia. No lo podemos condenar sin más, pues tiene aspectos positivos. Pero debemos añadir que no es criterio absolutamente válido, porque la base del mensaje de Jesús no son "preceptos", sino gracia (el --- Evangelio), porque no existen unos mandatos que se puedan -- considerar en sí mismos como absolutos. Eso lo sabe muy bien el Evangelio de Mateo; por eso ha situado en el centro de su obra unos principios distintivos diferentes.

Pienso que la base de toda la visión del hombre en San Mateo está al principio del Sermón de la Montaña, en las -- bienaventuranzas. Frente a Lucas, que proclama solamente felices a los pobres y demás personas semejantes (Lc. 6,23-30), Mateo alaba a dos grupos humanos muy distintos: los necesitados (pobres, los que lloran, los hambrientos) y aquellos que ayudan a los necesitados (los misericordiosos, los que extienden la paz... (Mt.5,3-12). Este doble criterio permanece como línea de fondo que subyace en todo el Evangelio, viniendo a culminar en la visión del juicio de los tiempos (Mt. 25,31-46). Junto al Hijo del Hombre que se sienta a realizar el juicio de su Padre se destacan dos tipos de personas escogidas: por un lado están los pobres (hambrientos, sedientos, desnudos, perseguidos...), que aparecen misteriosamente como hermanos de Cristo; por el otro están aquellos que ayudan a esos pobres, recibiendo el nombre de "benditos de mi Padre".

Desde esta doble perspectiva se comprende todo el sentido del discernimiento intraeclesial en San Mateo. Importante es, por un lado, el más pequeño; tal es el tema pri-

mordial de esa preciosa aclaración sobre el sentido y estructura de la Iglesia que aparece en el capítulo 18. Por otro lado, auténtico profeta es el que cumple hasta el final el mandamiento del amor y fructifica en obras (7,15-23). Veamos cada uno de los temas.

El capítulo 18 es una especie de "*ley fundamental de la Iglesia*", en que se habla del valor de los pequeños (18, 1-14) y la urgencia del perdón entre cristianos (18,15-35). En este momento nos importa aquel primer aspecto. La pregunta directriz es ésta: "*¿Quién es el más grande en el reino de los cielos?*" (18,1). Con eso se refiere a la estructura de la Iglesia, en la que el reino está latente.

La respuesta de Mateo desbarata toda la estructura de valores de la tierra. No es grande quien se afana por el reino, lucha y gana; ni el que tiene más, ni el que aparenta, sabe o manda. Grande es, simplemente, el que se encuentra -- sin defensa y sin valor, aquel de quien todos pueden hacer lo que les plazca (18,1-5).

En los versos que siguen (18,6-9) la figura del niño se concreta en aquellos que han creído en Jesús y son pequeños. Carecen de firmeza, están en riesgo de perderse. Ellos son precisamente los que deben constituir el centro del desvelo y el cuidado de la Iglesia. Aquí no se trata de saber si --- esos pequeños tienen razón o no la tienen; todas las razones son secundarias. Lo que importa es que se encuentra en peligro y que la Iglesia debe hacer que no se pierdan. Toda esta visión concluye en la parábola de la oveja perdida; el centro de la Iglesia no lo forman las 99 sanas, sino aquella que, perdida, necesita ayuda y asistencia.

En esta perspectiva de Mt.18 la Iglesia se nos presenta como un hogar en que los pobres reciben atención y los perdidos son objeto del cuidado preferente de todos los cristianos. Esto nos indica que el "*discernimiento de espíritus*" no puede hallarse dirigido hacia los grandes y los santos, los perfectos y seguros. Lo importante no es el "*valorar*" lo bueno (eso pertenecerá al Hijo del Hombre en el final), sino el saber descubrir la necesidad de los hermanos y ayudarles. -- Desde aquí se entiende la segunda perspectiva de Mateo: son

benditos del Padre aquellos que ayudan a los pobres, como vi-
mos en las bienaventuranzas y en el juicio (23,31-46). Desde
aquí se debe "*enjuiciar a los profetas*".

En la Iglesia de Mateo existen diferentes tipos de "*ser-
vicios*". Parece, sin embargo, que los miembros más significa-
tivos de la Iglesia en la que vive San Mateo son los "*profe-
tas*", enviados del Señor, testigos de su obra entre los hom-
bres (cfr. 23,34; 10,41).

Esos profetas parecen ser una especie de misioneros am-
bulantes, que, tomando a la letra las palabras de Jesús (19,
16-22 y par.), lo han dejado todo y viven anunciando el Evan-
gelio. Como a enviados de Jesús hay que aceptarles (cfr. 10,
41); como enviados de Jesús mantienen en la Iglesia el mismo
fuego y entusiasmo que Jesús ha suscitado: profetizan, expul-
san los demonios y hacen signos prodigiosos.

La obra de Jesús sigue adelante a través de estos profe-
tas. Sigue viva su palabra de juicio sobre el mundo, su pala-
bra de consuelo y esperanza (profetizan). La expulsión de --
los demonios continúa de tal forma que los hombres pueden --
sentir la libertad de Dios, que actúa. Hay prodigios, y se
sabe que el reino está viniendo entre los hombres (7,22). Da
la impresión de que con esto se ha alcanzado la plenitud del
reino, y, sin embargo, la palabra de Jesús resuena terrible-
mente dura sobre ellos: "*Nunca os conocí; apartaos de mí,
obradores de iniquidad*" (7,23).

¿Qué ha pasado? ¿Qué le falta, qué les puede faltar a
esos profetas? Lo más importante: producir frutos, cumplir
la voluntad del Padre (7,20-21).

Producir frutos y cumplir la voluntad del Padre signifi-
ca dentro del Evangelio de Mateo la observancia del Sermón
de la Montaña; amar a los pequeños y enemigos (5,43-48), preo-
cuparse de aquellos que se pierden (capítulo 18), mantenerse
en el servicio de todos los que están necesitados (25,31-46).
Sólo de esa forma el profeta es verdadero profeta de Jesús;
vive lo que Jesús personalmente ha vivido, y enseña aquello
que ha mandado (cfr. 28,19-20). Si es que sólo se ha fijado
en el aspecto más externo de su obra: echar demonios, hablar

como enviado de Dios y obrar prodigios, ha perdido la entraña más profunda del misterio de Jesús; no está en el Padre, es obrador de "iniquidad" (la perdición escatológica de aquellos que se encierran en sí mismos y no aceptan el juicio de Dios sobre la tierra).

Estas palabras de Jesús distinguen, por lo tanto, dos estratos: el hombre puede "aparecer" como profeta (enviado de Jesús) por sus acciones (palabras, gestos externos espectaculares, aparentemente salvadores). Lo importante, sin embargo, no está en eso; el verdadero profeta es el que lleva "frutos buenos", esos frutos que surgen de lo interno, y que no pueden engañar, los frutos del amor y del servicio a los pequeños.

Esto nos dice que la Iglesia de Jesús no se construye allí donde alguno realiza prodigios de organización externa, de victoria contra las formas externas de Satán, donde se habla. La Iglesia se construye, simplemente, allí donde se -- acepta el mensaje de Jesús, que anuncia salvación para los pequeños, y allí donde (de forma consecuente) se ama de manera activa a esos pequeños. Tales son los frutos que muestran el buen árbol; tal es la voluntad del Padre. Este es el sentido del texto de Mateo sobre el discernimiento de los espíritus (sobre los falsos y auténticos profetas) (7,15-23).

Nos hemos detenido en San Mateo porque ofrece quizá el criterio más elaborado y consecuente acerca del discernimiento. Su punto de partida estaba en la visión judía: es bueno aquel que cumple la ley y que a los otros les enseña la manera de cumplirla. Mateo no ha negado esa palabra. Más bien la acepta y la coloca en el comienzo del Sermón de la Montaña; pero la acepta para "interpretarla" de manera radicalmente nueva. El principio de todo discernimiento no está en la --- "ley por la ley", sino en la salvación de los pequeños, en el mensaje de Evangelio que Jesús ha dirigido a los "perdidos" de la tierra. Por eso hay dos criterios convergentes en la Iglesia: si miramos a la importancia, el más valioso es siempre el más pequeño (el más necesitado); la comunidad ha de prestarle, por tanto, su cuidado. Si miramos a la parte activa del problema, perfecto es solamente aquel que se olvida de sí mismo, que no da importancia a sus dones (profe

cía, milagros, prodigios), y lo pone todo al servicio de los necesitados, cumpliendo así la voluntad del Padre, siguiendo el ejemplo de Jesús, el Cristo.

2. Dones del Espíritu y unidad eclesial en Pablo.

➤ Al discernimiento de los "*espíritus*" dedica Pablo tres de los capítulos más interesantes de su carta primera a los Corintios (1 Cor.12-14).

Sobre el fondo de una religiosidad helenista, la Iglesia de Corinto interpreta el "*espíritu*" (o *pneuma*) como aliento que invade al hombre desde fuera y le concede poderes sobrehumanos.

El "*espíritu*" (o *pneuma*) saca al hombre de sí mismo, le llena internamente y le conduce al "*éxtasis*"; le arranca del estado habitual de la existencia y le conduce a una situación extraordinaria, que se puede interpretar como "*un salir fuera de sí*"..., o como "*manía*". Esta concepción encierra -- dos peligros: a) el peligro de entusiasmo; se supone que el espíritu está allí donde los hombres sienten la experiencia de algo superior que les invade y les domina; b) el peligro del panteísmo; se corre el riesgo de autoidentificarse con lo divino a través de esa experiencia; el hombre se concibe simplemente como algo que se encuentra vacío y que se debe frenar desde fuera.

Esta concepción constituye el peligro de fondo que se cierne en la comunidad de Corinto; los cristianos corren el riesgo de identificar el "*espíritu de Jesús*", dentro de la Iglesia, con la experiencia divina de la religiosidad popular de los misterios. Por eso Pablo ha de ser duro, estableciendo como principio directriz aquellas palabras:

"Nadie que esté lleno del Espíritu de Dios puede afirmar: ¡Anatema sea Jesús! Y nadie puede afirmar: ¡Jesús es el Kyrios (Señor)!, si no se encuentra en el Espíritu" (1 Cor.12,3).

Esto significa, negativamente, que la norma absoluta de la vida religiosa no consiste en una especie de experiencia espiritual que nos conduce hacia cualquier tipo de vivencias;

si el Espíritu se opone al recuerdo de Jesús, por muy místico que sea, no es cristiano. Y, positivamente, toda confesión cristiana en que se afirma "Jesús es el Señor" se realiza "en el espíritu", aunque no se experimente ningún tipo de vivencia externa.

Traducido a términos teológicos: sólo es auténtico el espíritu que tiene su principio y fundamento en Jesucristo. Pero este principio debe concretarse dentro de la Iglesia. Por eso añade Pablo: Como existe solamente un Dios y un Cristo, existe en realidad un solo Espíritu, aunque tenga muchas maneras de actuar, muchos "carismas" (12,4).

De la "graduación" (ordenación) de los carismas del Espíritu ha trazado Pablo dos esquemas: 12,7-11, y 12,28-31.

Los dones del Espíritu, en la Iglesia, son distintos. Esta es la primera enseñanza de San Pablo. Por eso nadie puede despreciar a su hermano, porque, al parecer, ha recibido un don menos valioso. *¡Nadie ha recibido sus dones para sí, sino para la Iglesia!*. Para expresar esta verdad usa el apóstol, el signo alegórico del "cuerpo": el miembro tiene valor en cuanto existe en un conjunto. De igual manera, dentro de la Iglesia, sólo tiene valor "lo que edifica el cuerpo" (12, 12-26).

Dentro de los dones existe, ciertamente, gradación ("primeros apóstoles..."), pero es un orden que se mide únicamente en función del servicio que se rinde al cuerpo de la Iglesia. Por eso la distinción entre "carismáticos" (*que tienen dones extraordinarios*) y "no carismáticos" se rompe; no es más elevado el tener una experiencia mística (hablar lenguas) que el cuidar de un enfermo, enseñar o asistir a los pobres. Lo que importa es solamente el bien que se realiza dentro de la Iglesia.

Este servicio eclesial se ha traducido en un término: el amor o caridad. Sobre ese amor que es "principio hermenéutico" (el discernidor) de los espíritus ha escrito Pablo el himno de 1 Cor.13. En lengua de poesía se ha expresado aquí lo mismo que Mateo nos decía con palabras judiciales en 7,21-23:

a) La norma absoluta no se encuentra en la experiencia mística, las vivencias interiores ni en la misma actuación externa. Nos hallamos en un medio helenista; por eso alude Pablo al don de lenguas o vivencia del misterio y deja los milagros y expulsión de los demonios, que importaban a Mateo. Siendo distinto el contexto, la verdad que nos trasmiten es la misma. Pablo ha resaltado, sin embargo, un rasgo que se hallaba sólo implícito en Mateo: se puede hacer el bien externo ("entregar al pobre la fortuna, morir como un testigo entre las llamas...") careciendo en realidad de amor; en ese caso las obras son como una máscara que tapa el corazón; no brotan de la hondura radical de la persona; son engaño. Se trataría, en lenguaje de Mateo, de lobos que han tomado de tal forma "piel de oveja" que no pueden apenas distinguirse. Por eso al cristianismo no le basta la obra externa; siendo importante - esa actuación del exterior, ha de expresar una vivencia, ha de ser vir para el amor, y no para otra cosa; si las obras del amor se emplean con un fin diferente, se pervierten (cfr. 1 Cor. 13, 1-7).

b) Junto a esta norma del "amor" toda otra norma se oscurece; profecía y experiencia mística terminan. Solamente el amor es el que queda. Traducido a términos teológicos, eso significa que el "espíritu" no puede concebirse en forma de experiencia o realidad "autónoma"; el espíritu cristiano está fundado en la muerte y en la pascua de Jesús; es un espíritu de amor, y solamente adquiere realidad allí donde los hombres edifiquen la Iglesia de Jesús, que continúa el gesto de la cruz y de la pascua (1 Cor. 12, 8-13).

Con estos principios interpreta Pablo los problemas de Corinto (1 Cor. 14). Desde el fondo místico helenista los corintios piensan que el don original es la experiencia mística (el don de lenguas). Pablo, fundado en una herencia de sano judaísmo, añadirá que es valioso el don de profecía: ¿Por qué? Simplemente, por una razón: la experiencia vale - solamente para aquel que la ha tenido; no aprovecha a los hermanos de la Iglesia. La profecía es, sin embargo, una palabra dirigida a los cristianos que sirve para edificación de la comunidad.

·Aquí no podemos aclarar el sentido que los dones del Espíritu tienen en San Pablo; buscábamos solamente una "norma de discernimiento", norma que pertenece, según Pablo, a los

carismas de la Iglesia (1 Cor.12,10). Pienso que, de forma general, la hemos logrado, y puede resumirse en los siguientes elementos: a) para el cristiano el Espíritu no es algo totalmente libre, de manera que no puede inspirarnos cualquier cosa, sino sólo aquello que deriva de Jesús (que se encuentra en consonancia con su obra); b) en segundo lugar, la actuación del Espíritu se dirige siempre a la "edificación de la Iglesia", de tal forma que todo aquello que destruye la comunidad (vaya en contra del amor) no es del Espíritu de Cristo; c) en tercer lugar, ese amor no se puede confundir con una actuación puramente externa, sino con una entrega absoluta, interior y abierta, dentro del misterio de Jesús (en ámbito de fe y de esperanza) (cfr. 1 Cor. 13,13).

3. Probad los Espíritus (1 Jn.4,1).

San Juan ha sido el autor del Nuevo Testamento que con mayor rigor cristiano ha radicalizado la experiencia del Espíritu. Independientemente del Señor resucitado no existe para Juan espíritu en el mundo (cfr. Jn.7,39; 16,7); fuera del sentido y del influjo de Jesús, el espíritu es mentira. Por eso no se da en las experiencias que pudieran parecer extraordinarias (don de lenguas, expulsión de los demonios y milagros), sino allí donde se acepta a Jesucristo (cfr. Jn.14,26; 26,13, etc.).

El espíritu es, en Juan, el que interpreta ante los hombres la existencia y obra de Jesús; les recuerda la verdad del Cristo y les conduce al Padre. Espíritu, en el fondo, es la potencia del mensaje de Jesús, que se muestra con su fuerza salvadora ante los hombres; la potencia que a los hombres les conduce hacia Jesús y les enseña la verdad de su mensaje: engendra la fe; hace posible el ascenso hacia Dios Padre por el Cristo. En este fondo del cuarto Evangelio se entienden perfectamente las palabras de Juan:

"Queridos, no creáis a todo espíritu; por el contrario, probad los espíritus para ver si vienen de Dios; porque han surgido muchos falsos profetas sobre el mundo. El distintivo del Espíritu de Dios es éste: Todo Espíritu, que confiese que Jesucristo ha venido en la carne, proviene de Dios; y todo espíritu que no confiese

a Jesús, no proviene de Dios..." (1 Jn.4,1-3).

La Iglesia en la que Juan escribe se halla en una situación confusa. Parece que han surgido herejes de carácter --- "gnosticista", que confiesen que no importa la existencia -- carnal de Jesucristo, ni tampoco la existencia del amor sacrificado hacia los otros. La salvación se encuentra entre los hombres, en la hondura más íntima del alma, de manera -- que sólo es necesario penetrar hasta ese abismo en que la -- luz se halla escondida. Jesús nos ayuda a buscar en lo interior, pero en el fondo es igual que fuera un hombre o solamente un "símbolo" de carácter religioso.

Esta desviación "gnosticista" es dogmática, pues niega la importancia salvadora de la existencia humana de Jesús, y es a la vez una desviación moral; la salvación no se realiza en el esfuerzo de "fidelidad al mundo" (amor al prójimo), si no en la "hondura de una experiencia mística". Pues bien: es to es, para Juan, una expresión de lo diabólico (anticristo) (1 Jn.4,3).

Por eso afirma Juan que la experiencia mística no ofrece en sí ninguna garantía de verdad; sobre el mundo existen diferentes "espíritus", distintas concepciones de la vida, y no por ello pueden pretender la realidad de verdaderas. El auténtico Espíritu es tan sólo aquel que admite la "venida carnal" de Jesucristo y continúa su gesto en una obra de amor hacia los otros (los hermanos en la Iglesia).

Confesar que Jesucristo ha venido en la carne significa que la salvación es un "don de Dios" y no una hondura de la vida de los hombres. Tanto amó Dios al mundo que envió a su Unigénito para salvarlo (Jn.3,16); tal es la experiencia fundamental de Juan, y desde ella tiene que interpretar toda la vida religiosa de los hombres. Desde aquí se entiende que el "espíritu" se tenga que entender como la "continuación de la obra de Jesús", la expresión de su amor en la tierra.

Esta "venida de Jesús en la carne" indica el "amor de Dios" (1 Jn. 4,9-10). El amor no significa que nosotros haya mos dirigido a Dios nuestra mirada o nuestras ansias; amor es el hecho de que Dios haya venido hasta nosotros. Pero su

amor no ha terminado; continúa entre los hombres (1 Jn.4, 9), de tal forma que allí donde los hombres se aman confiesan que Jesús ha venido en la carne y vive dentro de su Espíritu.

Estas notas bastan para entender el sentido del "discernimiento de los espíritus" en Juan. Su visión se puede condensar en estos rasgos: a) espíritu es la obra de Jesús que continúa; por eso es verdadero espíritu el que acepta el misterio de Jesús y el que lo hace presente entre los hombres. La experiencia mística, tomada en sí misma, es siempre ambigua, y nunca nos puede ofrecer garantías de autenticidad; no hay otro punto de partida que el amor de Dios, presente en Jesucristo; b) pero aceptar a Jesús se tiene que traducir en forma de "amor interhumano"; por eso todo espíritu que confiesa a Jesús en la carne (que le admite como el don de Dios) tiene que expresarse después en forma de exigencia de amor entre los hombres.

Conclusiones.

Al hablar del "discernimiento del Espíritu" hemos tratado de un problema teológico, es decir, de aquel misterio de amor en que se unen el Padre y el Hijo. Pero al mismo tiempo nos hemos ocupado de algo práctico: ¿cuál es entre nosotros el criterio para distinguir aquello que es cristiano y no cristiano?. La respuesta pasa a través de la fe, de la caridad y de la esperanza.

a) Se trata de un problema de fe. Con Juan y Pablo debemos resaltar que todo verdadero espíritu cristiano ha de fundarse en la "experiencia de Jesús", el gesto de su vida, su mensaje y pascua. Separado de la "norma", que es Jesús, el espíritu cristiano se difumina o se convierte en algo simplemente arbitrario, que cada uno puede interpretar a su manera. Así lo han visto con lucidez coherente Mateo, Pablo y Juan.

b) Sobre la fe en el Cristo, el espíritu se muestra en forma de "amor". Toda experiencia del Espíritu, entendida de forma mística o externa, tiene valor únicamente en cuanto es vehículo de amor, en cuanto expresa un amor a los pequeños (Mateo), una urgencia de unidad esencial (Pablo) o la unión

de los hermanos (Juan). Donde no se "crea" amor el espíritu es mentira.

c) Finalmente, nuestro espíritu es siempre "fuerza de esperanza en el camino". No sabemos todavía lo que es él; pero esperamos que un día vendrá a manifestarse.

Pensamos que estos criterios no son suficientemente concretos para una aplicación inmediata a la vida religiosa. Pero abrigamos la esperanza de que puedan servir como una línea indicativa de carácter general. De todas formas, estas indicaciones corren el riesgo de parecer simplemente formalistas. El discernimiento de espíritus es, ciertamente, un momento de la "*actividad eclesial*", pero otro momento todavía más importante es el de "*suscitar el Espíritu*". Pensaría que hoy día este segundo elemento es más urgente que el primero: incesitamos Espíritu de Cristo! .

"¿Cómo ha mirado la Iglesia esta realidad? ¿Cómo la ha interpretado? ¿Ha ido descubriendo la manera de enfocarla y esclarecerla a la luz del Evangelio? ¿Ha llegado a discernir en qué aspectos esa realidad amenaza con destruir al hombre, objeto del amor infinito de Dios y en qué otros aspectos, en cambio, se ha ido realizando de acuerdo con sus amorosos planes?..."

(Documento de Puebla, no.74).